

JESÚS PERDIDO EN EL TEMPLO - ¡SIEMPRE CONTIGO!

[ Audio [SoundCloud](#)]

[ Audio [Google Drive](#)]

Texto extraído de la **Introducción a la vida devota** de san Francisco de Sales (Segunda Parte, Cap. XIII), en la que el Santo reflexiona sobre cómo entrelazar pequeñas oraciones y buenos pensamientos durante todo nuestro día.

DE LAS ASPIRACIONES, ORACIONES, JACULATORIAS Y BUENOS PENSAMIENTOS

Nos retiramos en Dios porque aspiramos a Él, y aspiramos a Él para retirarnos en Él; de manera que la aspiración a Dios y el retiro espiritual son dos cosas que se completan mutuamente y ambas proceden y nacen de los buenos pensamientos. Levanta, pues, con frecuencia el corazón a Dios, Filotea, con breves pero ardientes suspiros de tu alma. Admira su belleza, invoca su auxilio, arrójate en espíritu al pie de la cruz, adora su bondad, pregúntale con frecuencia, sobre tu salvación, ofrécele mil veces al día tu alma, fija tus ojos interiores en su dulzura, alárgale la mano, como un niño pequeño a su padre, para que te conduzca, ponlo sobre tu corazón, como un ramo delicioso, plántalo en tu alma, como una bandera, y mueve de mil diversas maneras tu corazón, para entrar en el amor de Dios y ejercitarte en una apasionada y tierna estimación de este divino esposo.

Así se hacen las oraciones jaculatorias, que el gran San Agustín, aconseja con tanto encarecimiento a la devota dama Proba. Filotea, nuestro espíritu, entregándose al trato, a la intimidad y a la familiaridad con Dios, quedará todo él perfumado de sus perfecciones; y, ciertamente, este ejercicio no es difícil, porque puede entrelazarse con todos los quehaceres y ocupaciones, sin estorbarlos en manera alguna, porque, ya sea en el retiro espiritual, ya sea en estas aspiraciones interiores, no se hacen más que pequeñas y breves distracciones, que no impiden, sino que ayudan mucho a lograr lo que pretendemos. El caminante que bebe un sorbo de vino, para alegrar su corazón y refrescar su boca, aunque para ello se detiene unos momentos, no interrumpe el viaje, sino que toma fuerzas para llegar más pronto y con más alientos, no deteniéndose sino para andar mejor.

Muchos han reunido varias aspiraciones vocales, que, verdaderamente, son muy útiles; pero, si quieres creerme, no te ates a ninguna clase de palabras, sino pronuncia, con el corazón o con los labios, las que el amor te dicte, ya que él te inspirará las mejores. Es verdad que hay ciertas palabras que, en este punto, tienen una fuerza especial para satisfacer al corazón, como son las aspiraciones que a menudo hallarás en los salmos de David, las diversas invocaciones del nombre de Jesús y las expresiones amorosas escritas en el Cantar de los Cantares, y las canciones espirituales que también sirven para este fin, con tal que se canten con atención.

En fin, así como los que están enamorados con un amor puramente humano y natural, tienen siempre fijos sus pensamientos en el ser amado, su corazón lleno de afectos para con él, su

boca llena de sus alabanzas y, durante su ausencia, no pierden ocasión de manifestar su amor por cartas, y no encuentran árbol en cuya corteza no graben el nombre del ser amado; de la misma manera, los que aman a Dios no pueden dejar de pensar en Él, suspirar por Él, aspirar a Él, hablar de Él, y querrían, si posible fuese, imprimir sobre el pecho de todas las personas del mundo el santo y sagrado nombre de Jesús. Y a esto les invitan todas las cosas, y no hay criatura que no les anuncie las alabanzas de su amado, y, como dice San Agustín, sacándolo de San Antonio, todo cuanto hay en el mundo les habla un lenguaje mudo, pero muy inteligible, en alabanza del amor de Dios; todas las cosas les inspiran buenos pensamientos, de los cuales nacen, después, muchos movimientos y aspiraciones hacia Dios.

Este gran personaje de nuestros tiempos, Francisco de Borja, cuando todavía era duque de Gandía e iba de caza, se entretenía en mil devotos pensamientos: «Me maravillaba -decía después él mismo-, de cómo los halcones vuelven a la mano, se dejan tapar los ojos y atar a la percha, y los hombres son tan rebeldes a la voz de Dios¹».

Y San Francisco, mientras contemplaba un hermoso riachuelo, en cuya orilla se había arrodillado, para orar, fue arrebatado en éxtasis y repetía muchas veces estas palabras: «La gracia de mi Dios se desliza dulce y suavemente como este pequeño riachuelo²».

He aquí, mi Filotea, cómo se sacan los buenos pensamientos y las santas inspiraciones de las cosas que se nos ofrecen, en medio de la variedad de esta vida mortal. Desgraciados los que alejan a las criaturas del Creador, para convertirlas en instrumento de pecado; bienaventurados los que se sirven de ellas para la gloria de su Creador y hacen que su vanidad redunde en honor de la verdad. «Ciertamente -dice San Gregorio Nacianzeno-, me he acostumbrado a referir todas las cosas a mi provecho espiritual³». Lee el epitafio que escribió San Jerónimo acerca de Santa Paula, porque es bella cosa ver cómo todo él está lleno de santas inspiraciones y pensamientos que ella hacía en todas las ocasiones.

Pues bien, en este ejercicio del retiro espiritual y de las oraciones jaculatorias estriba la gran obra de la devoción. Este ejercicio puede suplir el defecto de todas las demás oraciones, pero su falta no puede ser reparada por ningún otro medio. Sin él, no se puede practicar bien la vida contemplativa, ni tampoco, cual conviene, la vida activa; sin él, el descanso es ociosidad, y el trabajo, estorbo. Por esta causa te recomiendo muy encarecidamente que lo abracés con todo el corazón, sin apartarte jamás de él.



Renovemos nuestros propósitos con estos nuevos Ejercicios

¡Ave María y adelante!

¹ Ribadeneyra, Vita Sancti Francisci Borgiae I, 5

² And. Vailadierus, Panegyricus Sanctae Franciscae Romanae, 8

³ Oratio 26, 8-9